FEDERICO ROMERO
GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW

# LA CANCIÓN DEL OLVIDO

ZARZUELA EN UN ACTO

MÚSICA DEL MAESTRO

DON JOSÉ SERRANO



MADRID
1918

# LA CANCIÓN DEL OLVIDO

FEDERICO ROMERO
GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW

# LA CANCIÓN DEL OLVIDO

ZARZUELA EN UN ACTO
DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS, EN VERSO Y PROSA.
MÚSICA DEL MAESTRO

## DON JOSÉ SERRANO

Teatro Lírico, de Valencia, 17 de
Noviembre de 1916

Teatro de la Zarzuela, de Madrid,
1.° de Marzo de 1918

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS
Costanilla de San Pedro número 6.
1918

AL INSIGNE MÚSICO ESPAÑOL

DON JOSÉ SERRANO,

CON FILIAL AFECTO, EN TESTIMONIO

DE GRATITUD ETERNA

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES En Valencia. | En Madrid. |
|---|---|---|
| Rosina | Srta. Gil | Srta. Gil (1). |
| Flora Goldoni | » Martí (A.) | » Espinosa. |
| Casilda | » Campo | Sra. Gorgé. |
| Una invitada | » Vilaplana | Srta. Aznar. |
| Leonello | Sr. Sala | Sr. Carbonell. |
| Toribio | » León (P.) | » León (P.) |
| Pietro | » Iturbi | » Vivas. |
| El Sargento Lombardi | » Caballer | » Caballer. |
| El Hostelero | » Tomás | » Tomás. |
| Paolo | » Vivas | » Villasante. |
| Sainati | » Montó | » Montó. |
| Un paje de Flora | Srta. Vilaplana | Srta Carrasco. |

Invitadas, invitados, músicos, soldados, servidumbre.

La acción, en Sorrentinos, imaginaria ciudad del reino de Nápoles.

Año 1799.

---

(1) Á la 14.ª representación se encargó de este papel la Srta. Clavería, que ya lo había estrenado en Bilbao y Zaragoza.

# CUADRO PRIMERO

Escena dividida. A la izquierda, ocupando la mayor parte del escenario, una plaza de Sorrentinos. A la derecha, primer término, aposento pequeño de una hostería que tiene una puertecilla practicable al foro y una ventana que da á la plaza, velada por una celosía. Este aposento está amueblado con una mesita y tres sillas. Sobre la mesa, libros ú otros objetos. En la plazuela, á la derecha segundo término, la citada hostería con una puerta y sobre ella una inscripción que dice: «Hostería del Ganso». Debajo de la inscripción, el emblema de la casa, que consiste en un ganso de toscas líneas, y á su lado un farol. En último término de la derecha, calle paralela á la batería, chaflán de una casa y otra calle prolongándose hacia el foro oblicuamente. A la izquierda, en primer término, una calle, y desde ella parte diagonalmente hacia el foro, la verja del jardín de Flora Goldoni. Hacia la mitad de la verja, una puerta practicable, y sobre ella, arbolado. Delante de la hostería varias mesas y algunas banquetas alrededor de ellas. Es por la tarde y anochece poco á poco. Derecha é izquierda, las del actor.

*Al levantarse el telón aparece el Sr. Sainati, viejo ridículo, junto á la ventana de la hostería, intentando descubrir el interior. En el mismo instante sale el hostelero.*

HOSTELERO. ¡Caramba, Sr. Sainati! ¿Vos aquí?

SAINATI. *Imponiéndole silencio.* ¡Chist.....!

HOSTELERO. No se ve nada, ¿eh?

SAINATI. *Misteriosamente.* Nada.

HOSTELERO. Como que no está la princesa. Vos ha-

bréis dejado á vuestra esposa en San Cayetano, como de costumbre, y..... ¡á ver á la princesita!

SAINATI. Es encantadora.

HOSTELERO. Pues, sentaos, sentaos..... que pronto volverá de su paseo.

SAINATI. No, no puedo. Volveré. Ahora tengo prisa.

HOSTELERO. Esas cuarenta horas duran tan pocos minutos.....

SAINATI. Es un dolor, maese.

HOSTELERO. Pues no descuidéis el asedio, porque tenéis muchos competidores y alguno os lleva la ventaja de ser soltero. Si al menos enviudarais.....

SAINATI. ¡Pídeselo á Dios! Hasta luego. *Le da una moneda al hostelero y hace mutis por el foro.*

HOSTELERO. ¡Bendita la hora en que vino á mi casa esta princesa! Si durara un par de meses me hacían rico sus cortejos. *Limpia las mesas con un paño mientras por la derecha entra Toribio con un arpa sobre los hombros. Sus cabellos y barbas, en desorden, denuncian su miserable estado. Su nariz chata, sus ojos torcidos, su frente cóncava, sus orejas grandes y vueltas, todo su rostro, en fin, atestigua que no desciende directamente de Adonis. A paso ligero llega Toribio á la batería y se encara con el público.*

TORIBIO. ¡Qué hermoso! ¡Qué consolador espectáculo! Llegar á los porches, atisbarme el arpa, caer sobre mí un legión de galanes y encargarme quince serenatas para esta noche, fué cuestión de un instante. Toribio: no hay serenatero que te amilane. *Fijándose en la hostería.* Hostería del Ganso. ¡Caramba, qué mal pintado está ese volátil! *Llamando la atención al hostelero.* ¡Chist.....! ¿Quién ha hecho el ganso?

HOSTELERO. ¿Está mal?

TORIBIO. No, está graznando.

HOSTELERO. Es mi amuleto. Bajo su amparo pienso

hacer mi suerte. *Sigue limpiando y en este momento habla hacia el interior del albergue.* Gabriel: mira los asados.

Toribio. *Aparte.* ¡Ya lo creo que hace su suerte! Porque dentro de un par de siglos, donde hoy está el ganso estará mi efigie, con una lápida que diga: «Aquí comió el insigne músico Toribio Clarinetti. Nota: Se fué sin pagar.....» Por más que la nota huelga, porque ya la habrán puesto en todas las hosterías de Italia.

Hostelero. *Aparte.* ¿Qué rondará este pájaro? *Por la izquierda llega Flora Goldoni, elegantemente ataviada, seguida de una doncella. Cruza la escena, se detiene ante la puerta de la verja y llama, tirando de una cadena. Un paje sale y abre la puerta. Flora y la doncella entran en el jardín, y desaparecen.*

Toribio. ¡San Toribio! Esta debe ser la Gobernadora. *Descuélgase el arpa y se dispone á tocar.* ¡Sería la primera gobernadora que no me pagara la cena!

Hostelero. ¿Tú sabes quién es ésa?

Toribio. No; pero mi mujer no es.

Hostelero. Claro. Es Flora Goldoni, la cortesana más conocida de Sorrentinos. Y tu mujer..... no será una cortesana.

Toribio. ¡Qué va á ser, si es muy fea!

Hostelero. Y será honrada.

Toribio. Es muy fea y basta.

Hostelero. Conque..... cuélgate el instrumento y ¡marchen!

Toribio. ¿Marcharme en la noche de las serenatas? ¡Ja, ja! Precisamente este año, copo. *Saca un papel de grandes dimensiones.*

Hostelero. ¿Qué es eso?

Toribio. Las serenatas contratadas para hoy. De nueve á nueve y media: á la hija del procurador Borelli. Música apasionada y meliflua. De nueve y media á diez: á la sobrina del Abate Rapallo. Mística. De diez á diez

y veinte: á la esposa del general Bombón. Dulce..... Y así hasta las dos.

HOSTELERO. ¡Buen negocio!

TORIBIO. ¿Tú crees que he venido de Roma para marcharme de vacío? Además, esta noche voy á estrenar un raconto compuesto por mí, que va á ser un acontecimiento.

HOSTELERO. ¿Y para quién es esa joya?

TORIBIO. ¡Ah! ¡He ahí el problema! Como yo no conozco á nadie y es algo atrevidillo.....

HOSTELERO. Pues ¡ojo con el general!

TORIBIO. ¿Muerde?

HOSTELERO. Quizá. Y además está siempre borracho.

TORIBIO. No le va el raconto. Le va mejor una melopea. *Repasando la lista.* ¿Y el abate? ¿Qué tal?

HOSTELERO. ¡Ah! Ese es un buen hombre.

TORIBIO. ¿Un buen hombre? Decididamente le toco el raconto á la sobrina del abate.

HOSTELERO. Y te dará una buena propina.

TORIBIO. Falta hace, hijo mío, porque lo que es ahora..... *Bostezando.*

HOSTELERO. ¿Estás á la cuarta pregunta?

TORIBIO. ¡Á la novena!

HOSTELERO. Pues yo estoy autorizado por la princesa Ferratta, que es mi huésped, para dar de comer á todos sus paisanos pobres.

TORIBIO. ¡Oh, ángel anunciador con mandil! ¡Ven á mis brazos!

HOSTELERO. Tú la recordarás, si eres de Roma.

TORIBIO. ¿Que si la recuerdo? *Aparte.* Pues no la recuerdo. *Alto.* Así. *Indicando una pequeña estatura.* Así me ha conocido.

HOSTELERO. ¡Si es mucho más joven que tú!

TORIBIO. No importa. Pero mil veces me ha visto á la puerta de su palacio..... así: ¡en cuclillas!

HOSTELERO. Y dime: ¿tú sabes algo de su historia?

TORIBIO. ¿Su historia? ¡Al dedillo!

HOSTELERO. Cuenta, cuenta..... ¿Es soltera, ó casada?

TORIBIO. Casada. *Aparte.* ¡Ya la casé!

HOSTELERO. ¿Y cómo no va con ella el príncipe?

TORIBIO. El príncipe no va á ninguna parte.

HOSTELERO. La princesa tiene en su rostro un sello de nobleza.....

TORIBIO. En cambio á él se le despega el sello. Es un patán. *Aparte.* ¡Cómo le estoy poniendo!

HOSTELERO. ¡Y qué mujer tan singular! Vino hace una semana, alquiló el palacio Marinelli y, sin embargo, vive en mi hostería.

TORIBIO. Es muy caprichosa.

HOSTELERO. ¡Chist! ¡La princesa!.....

TORIBIO. *Mirando hacia la derecha.* No la he visto en mi vida. *Sale Rosina, seguida de Casilda. Ambas cruzan la escena en silencio y entran en la hostería.*

HOSTELERO. Me extraña que no se haya fijado en ti.

TORIBIO. ¡El orgullo, que se la come! *Medio mutis del hostelero.* ¡Eh! Pásale la cuenta á mi paisana y sírveme una gallina.

HOSTELERO. Volando. *Entra en la hostería al mismo tiempo que aparecen en el aposento de la izquierda Rosina y Casilda.*

ROSINA. Llama al patrón. *Casilda sale.*

TORIBIO. *Colocando el arpa junto á una pared y sentándose.* Mi regio colega David tocaría el arpa mejor que yo; pero no le sacaría más jugo.

CASILDA. *Entrando con el hostelero.* Aquí está.

HOSTELERO. Señora.....

ROSINA. ¿Ha venido el capitán Leonello?

HOSTELERO. No tardará, porque es mi parroquiano más asiduo. ¿Queréis que le diga.....?

ROSINA. ¡Líbrete Dios! No le dirás mi nombre aunque te lo pague á peso de oro.

Hostelero. Como queráis.

Rosina. ¿Sabes qué le trae á la hostería?

Hostelero. Los amoríos de una cortesana que vive ahí en frente.

Rosina. ¿Cómo? ¿Está enamorado?

Casilda. Señora: no nos importa.

Rosina. Es cierto; pero, por curiosidad..... pura curiosidad.....

Hostelero. El capitán Leonello no se enamora de nadie. Vino de la campaña de Roma pocos días antes que vos y ya le he conocido cuatro aventuras. No tiene corazón.

Rosina. ¡Por vida.....!

Casilda. Señora, ¿qué decís? ¿Verdad que es muy gracioso?

Rosina. *Reprimiéndose.* ¡Oh, sí! Graciosísimo..... graciosísimo..... *Al hostelero.* Puedes retirarte.

Hostelero. A vuestros pies. *Haciendo mutis y aparte.* Graciosísimo..... que no te ha hecho ninguna gracia. *Sale.*

Casilda. Señora: vais de imprudencia en imprudencia.

Rosina. Tienes razón.

Casilda. ¿No estáis contenta con abandonar vuestro país por seguir á ese hombre? ¿Con habitar este albergue humilde? ¿Con sentir amor por quien no os conoce? ¿Por quien no merece vuestra pasión? ¿Necesitáis que todo el mundo se entere, que se hable de vos, que llegue á oídos del capitán y os confunda con esas meretrices?

Hostelero. *Saliendo de la hostería.* Me has dicho que una gallina, ¿verdad?

Toribio. Sí, hombre... Y creo recordar que me la ibas á traer volando.

Hostelero. Corriendo. *Mutis.*

Casilda. ¿Qué me decís, señora?

Rosina. ¡Que me indigna que tengas razón! Pero es irremediable. Tú eres ya vieja y no puedes recordar el efecto de un capitán valiente en un corazón de veinte años. *El hostelero sale de la hostería con plato y cubierto para Toribio. Durante la siguiente conversación sale por el foro el Sr. Sainati, dando el brazo á su señora. Así que le ve el hostelero, le hace signos de que la princesa ha llegado. Sainati, azoradísimo, procura hacerse el distraído y extrema sus ademanes para que el hostelero calle. Sainati y su señora hacen mutis por la izquierda y el hostelero entra en su casa.*

Casilda. ¡Veinte años locos!

Rosina. Si al capitán Leonello le traen aquí, ¿qué hacer sino seguirle?

Casilda. Pero reparad en que una señorita huérfana, viajando sola, fingiendo un nombre, gastando sin tino.....

Rosina. ¿Y en qué voy á gastar que más lo merezca?

Casilda. Además ¿vais á confesar á ese loco vuestro cariño?

Rosina. Eres una boba, Casilda. Con dinero y verdadero amor no hay nada imposible. El capitán debe venir á mí, debe quererme.

Casilda. Pero, ¿cómo, si es un bigardo?

Rosina. Aún no lo sé.

Toribio. *Imitando el canto del gallo* ¡Ki ki ri kiii.....!

Rosina. ¿Qué es eso? *Asomándose por la celosía de la ventana.* Es un músico.

Casilda. ¿No lo conocéis? Toribio Clarinetti, el más fino bergante de Roma. Y me parece que es de los que comen por vuestra cuenta, lo cual es otro despilfarro. *Mutis de Rosina y Casilda por la derecha.*

Toribio. ¡Ki ki ri kiii.....!

Hostelero. *Saliendo con un guisado* ¿Qué haces, imbécil?

TORIBIO. Hombre, ¡á ver si venía la gallina!

HOSTELERO. Aquí la tienes.

TORIBIO. ¡Pobrecilla! ¡Qué aburrido lo va á pasar en un estómago tan solitario! *Salen el capitán Pietro y el caballero Paolo por la derecha.*

HOSTELERO. Señores..... ¡Tanto honor para mi casa!

PIETRO. ¡Hola, maese! ¿No vino el capitán Leonello? Me extraña.

PAOLO. Y la paloma, ¿vino?

HOSTELERO. Ya hace un rato.

PAOLO. Pues el gavilán está al caer..... porque suele ser puntual.

HOSTELERO. *Viendo aparecer á Leonello, que sale por la izquierda, mirando distraidamente al jardín de Flora.* ¡Puntualísimo!

PAOLO. El cazador cazado: fábula.

LEONELLO. ¡Hola, murmuradores! *Abrazando á los dos.* Os permito hasta que os riáis.

PAOLO. Como que esa no quiere más que nobleza.

PIETRO. Y metales.....

LEONELLO. *Contoneándose.* Los acontecimientos se atropellan.

PAOLO. ¿Ah, sí?

LEONELLO. Desde ayer es cosa hecha.

PAOLO. ¿De veras?

LEONELLO. ¡Cuando yo os lo digo.....!

Música.

LEONELLO. Junto al puente de la Peña
por la noche la encontré,
y su guante chiquitito
le cayó á los pies.
Por si un reto me lanzaba,
recogí su guante yo,

y en su mano bella
puse un beso de pasión,
¡porque al verla no se puede
resistir la tentación!
Por los calles solitarias,
embozado, la seguí,
esquivando las malicias
de la gente ruin.
Y acercándome galante
mis respetos la ofrecí.

*Simulando el diálogo.*

—Perdonad.....
—Por favor.....
—Atended.....
—¿Qué decís?
—Que os adoro.....
—¡Callad!
No decídmelo así.....
Y escuchando su voz
yo pensé: ¡Qué infeliz!

—

«Mujer,
primorosa clavellina
que brindas el amor,
yo soy caminante
que al pasar
arranca las hojas de la flor
y sigue adelante
sin recordar
tu amor.....»

*Salen Rosina y Casilda al aposento; la primera se abalanza á la celosía, siguiendo con gran interés la relación del capitán.*

Á la dueña que la sirve
con dinero soborné,

y, admirada de mi rasgo,
saludó y se fué.
Y al decir la cortesana:
«Caballero,
que yo espero
á mi galán,»
en mi fiel acero
puse mano, sin dudar,
¡que mi espada se enardece
con la sombra de un rival!
Convencida y conquistada,
en mi brazo se apoyó,
y escuchaba mis embustes
llena de ilusión.
Al llevarla á su palacio
mis finezas repetí:

*Simulando el diálogo.*

—¡Dulce bien!
—Me engañáis.....
—No acostumbro á mentir.
—¿Volveréis?
—¿Cómo no?
—Ya veré si fingís.....
Y dejándola ya
de su amor me reí.....

—

«Mujer,
primorosa clavellina
que brindas el amor,
yo soy caminante
que al pasar
arranca las hojas de la flor
y sigue adelante
sin recordar
tu amor.....»

Hablado.

PIETRO. Un buen trago de vino para que no se malogre la aventura.

LEONELLO. Sea. ¿Ha venido el sargento Lombardi?

HOSTELERO. No, capitán.

LEONELLO. ¿Nadie ha preguntado por mí?

HOSTELERO. Nadie..... Es decir.... *Bajando la voz.* Ha preguntado una de mis huéspedes: la más hermosa, la de más alcurnia.

LEONELLO. *Engallándose.* ¿Lo oís? ¿Y qué, y qué.....?

HOSTELERO. No os puedo decir más. ¿Queréis Falerno?

PAOLO. Sí, Falerno.

LEONELLO. Y di á tu huésped que, en concluyendo con la Goldoni, podrá disponer de mí..... un par de días. *Riendo á carcajadas. Mutis del hostelero.*

ROSINA. ¿Qué? ¿Oyes, Casilda?

CASILDA. Es un desalmado.

ROSINA. ¡Quién sabe si por eso me seduce más!

PIETRO. Eres un tarambana, Leonello.

LEONELLO. Sí, sí. Ahora que me voy haciendo hombre apasionado. ¿No sabéis? Es muy gracioso. Flora Goldoni es la mujer más extraña del mundo. Si la fama no miente, caballero que cae en sus brazos se arruina.

PIETRO. Dígalo el duque de Verona.

PAOLO. Y toda la nobleza del Reino.

LEONELLO. Nobleza estúpida. Esa insaciable de riquezas es una romántica terrible..... á su modo. *Remedando á Flora.* «¡Ay, amigo Leonello! Nosotras no somos comprendidas. Hemos de dar amor *a fortiori* y no llega jamás el caballero de nuestros sueños.....»

PIETRO. Famosísimo. El caballero de sus sueños sería el mismísimo Moctezuma, con cien mil galeras de oro y

diamantes. *Rosina sigue con vivo interés la conversación, rechazando á Casilda, que alguna vez pretende alejarla de la celosía.*

TORIBIO. *Aparte y dejando de comer violentamente.* ¡San Toribio! ¿Hacia donde caerá la casa de Moctezuma?

LEONELLO. En una entrevista que he conseguido me habló del Dante, me dijo no se qué de Paolo y Francesca.....

PIETRO. Rematada.

LEONELLO. Y yo, que conozco muy bien el corazón de las mujeres.....

ROSINA. ¡Que conoce el corazón.....!

LEONELLO. .....Y que no aspiro á arruinarme por semejante loca, he concebido un plan digno de Maquiavelo.

PAOLO. A ver, á ver.....

LEONELLO. He encargado al sargento Lombardi la mejor comparsa de la ciudad, y hoy, en la noche clásica, la ofreceré una serenata como si fuera una virgencita de quince años. Saldrá á su mirador y, entre la música y la poesía de la noche, la luna que ilumine su jardín y cuatro ó cinco versos que acabo de aprenderme del propio Petrarca..... ¡rendición del castillo inexpugnable!

PIETRO. No se puede imaginar nada más divertido.

LEONELLO. Ni más barato.

ROSINA. Es necesario estorbar sus planes. *A Casilda.* Piensa algo, mujer.

CASILDA. Pienso que fuera bueno volver á Roma.

ROSINA. Nunca sin él. *Sale el hostelero con tres copas y un búcaro.*

HOSTELERO. ¡El Falerno! *Escancia el vino.*

LEONELLO. Bebed por Leonello el trovador.

PAOLO. Bebamos.

TORIBIO. *Aparte.* ¿Han dicho que Falerno? *Se levanta y se va acercando al grupo sigilosamente.*

LEONELLO. ¡Calla! En su balcón aparece Flora y no

nos ha visto. *Levántase también y se vuelve para mirar hacia el interior del jardín. Sus amigos le imitan.*

PAOLO. Es verdad.

LEONELLO. No me ve.

TORIBIO. No me ve. *Se bebe la copa de Leonello, que sigue distraído.* No me ve..... *Bébese también la de Paolo. Cuando va á coger la tercera copa, lo detiene Pietro.*

PIETRO. ¡Eh! ¡Amigo!

TORIBIO. *Aparte* ¡Me vió!

PIETRO. ¡Bergante!

LEONELLO. Perdónale, porque va á serme útil. *Mutis del hostelero.*

TORIBIO. Mandadme.

LEONELLO. Yo creo que, si tocara algo, Flora nos miraría.

ROSINA. ¡No en mis días!

CASILDA. ¿Qué vais á hacer? *Rosina, nerviosamente, discute con Casilda y oye por la ventana con ansiedad.*

LEONELLO. *A Toribio.* Canta, canta alguna cosa.

TORIBIO. ¿Qué queréis? ¿Cavatina, serenata, rondó, tarantela, romanza, brindis, pregón, motete.....?

LEONELLO. Lo que tú quieras, pero pronto.

TORIBIO. ¿Alegre, melancólico, fuerte, piano, lírico, poético, romántico.....?

LEONELLO. Sí; poético y un si es no es romántico.

TORIBIO. No digáis más: «La Canción del Olvido». No me falla. En Roma es el terror de las cocineras sensibles. Con permiso.

Música.

*Toribio se dispone á cantar, acompañándose del arpa; pero, antes de que comience, es Rosina quien canta.*

ROSINA. Marinela, Marinela,
con su triste cantinela
se consuela

de un olvido maldecido.....
Mari, Marinela.....

*Leonello, Toribio y sus acompañantes han quedado suspensos al oir la voz de Rosina.*

LEONELLO. ¡Voz deliciosa!...

ROSINA. Campesina, campesina,
como errante golondrina,
cantarina,
vas en busca del amor.
¡Pobre golondrina
que al azar camina,
tras un sueño engañador!

*Toribio, cada vez más asombrado, deja de tocar el arpa.*

LEONELLO. *A Toribio.* ¡Sigue, sigue!

*Toribio continúa tocando y Rosina prosigue su canción.*

ROSINA. El aire murmura en mi oído
dulces cantares
que en nuestros labios
ha sorprendido
en noches lejanas de amor.
Cantares de tiempos mejores,
cantares risueños,
que huelen á flores
y alientan ensueños
de amores.

LEONELLO. ¿Quién será?

ROSINA. Marinela,
con su cantinela
busca olvido á su dolor.
¡Pobre Marinela!
Ese bien que anhela
no lo da ese amor.

*Leonello, Pietro y Paolo, que durante la canción se han ido acercando á la celosía, se hallan agrupados junto á esta, cuando la canción acaba.*

Hablado.

LEONELLO. *Absorto.* ¡Qué voz! ¡Qué apasionada!

ROSINA. ¡Que no tenía corazón.....!

TORIBIO. Bueno..... Esta señora se asocia á mí y nos hacemos ricos.

PAOLO. Chico, nos ha encantado la desconocida.

LEONELLO. *Reponiéndose.* Lo que yo os dije. Cosas de mujeres. Esa..... es otra enamorada de la luna.

ROSINA. ¡Alma de piedra!

CASILDA. ¿Lo veis, señora?

ROSINA. Déjame. Estoy ciega. *Convulsa.* Haz que pase ese músico.

CASILDA. Señora.....

ROSINA. Yo lo ordeno. *Sale Casilda.*

PIETRO. La cancioncita, por esta vez, te ha sido infiel.

LEONELLO. Cierto. La cortesana se ha esfumado.

TORIBIO. *Volviendo á su sitio* ¡Como que no la he cantado yo! *Paolo y Pietro se despiden de Leonello. El hostelero sale al mismo tiempo y se dirige á Toribio con misterio.*

LEONELLO. ¿Qué, os vais?

PAOLO. Es preciso.

PIETRO. También tenemos que disponer nuestra serenata.

HOSTELERO. *A Toribio, aparte.* Entra en el aposento de la princesa.

TORIBIO. ¿Qué? ¡San Trino!

HOSTELERO. ¡Calla! Debes ser discreto. *Toribio se va hacia la hostería.*

TORIBIO. ¡Nada, que nos asociamos! *Mutis.*

LEONELLO. Maese: cobra el vino y tráeme pluma y tintero.

HOSTELERO. Está bien. *Cobra y entra en la hostería. Por la derecha sale el sargento Lombardi, muy ligero.*

LOMBARDI. ¡Mi capitán.....!

LEONELLO. ¿Qué hay, Lombardi?

LOMBARDI. En toda la ciudad no queda un músico disponible.

LEONELLO. ¿Cómo?

PIETRO. ¡Adiós luna y estrellas, poesía y aventura.....!

LEONELLO. ¡Pues hay que buscarlo!

LOMBARDI. Previendo ese mandato, tengo reunidos en el cuartel á todos los soldados que tocan algún instrumento..... y cantaremos.....

LEONELLO. Bien; lo que sea. Basta con un pretexto para llamar la atención.

LOMBARDI. De que llamaremos la atención..... ¡no os quepa duda!

LEONELLO. Ya lo sabes; á las ocho, frente al mirador de las flores.

LOMBARDI. ¡A la orden! *Mutis.*

PIETRO. Tendrá que oir la serenata del sargento.

LEONELLO. Se juega en ella cuatro tiros.

PIETRO. Ya nos contarás. ¿No vienes?

LEONELLO. No; ahora empiezo el prólogo. Una carta de amor..... para que no sorprendan á Flora las canciones; para que sepa de quién son.

PIETRO. *Riéndose y estrechando la mano de Leonello.* Acabarás poeta.

LEONELLO. *Riendo también* ¡Poeta! *Pietro y Paolo se van por el foro. Ya es casi de noche; el hostelero sale con un candelabro encendido, pluma y tintero. Deja todo en la mesa. Enciende el farol de la puerta y hace mutis. Leonello empieza á escribir.*

ROSINA. Una carta para ella. *Entra Casilda en el aposento.*

CASILDA. Aquí está el músico. Pasad. *Entra Toribio y se dirige al lugar opuesto del que ocupa Rosina, reverenciando á una silla.*

TORIBIO. Alteza.....

CASILDA. Pero, ¿dónde vais?

TORIBIO. ¡Ah! *Volviéndose.* ¡Alteza.....! No se ve gota. *Casilda sale por el foro.*

ROSINA. ¿Cómo andas de dinero?

TORIBIO. *Aparte.* ¡A buena parte vas! *En voz alta.* Señora: lo siento mucho, pero no os puedo servir.

ROSINA. Desde hoy vas á ser mi marido: el príncipe Ferratta.

TORIBIO. ¡Pero si soy casado!

ROSINA. No importa.

TORIBIO. *Envaneciéndose.* Y ¿qué habéis podido ver en mí para pensar cosa tan grave?

ROSINA. No me interrumpas. Tú serás el príncipe á los ojos de los napolitanos; tú habrás de enamorar á una cortesana y recibirás en pago tres mil florines si estás conforme en pasar por príncipe.

TORIBIO. ¿Vale interrumpir?

ROSINA. Habla.

TORIBIO. Por tres mil florines..... paso yo por los doce apóstoles ¡y ceno más que los doce! Pero..... ¿qué dirá vuestro esposo?

ROSINA. No dirá nada, porque mi esposo no existe.

TORIBIO. ¡Dios le tenga en su seno!

ROSINA. ¡Imbécil! Soy soltera.

TORIBIO. ¿Y creéis que tengo porte de príncipe? *Entra Casilda con luces.*

ROSINA. A ver; paséate. *Toribio se contonea ridículamente.* Más natural. *Nuevo contoneo, aún más ridículo.*

CASILDA. No va á convencer.....

TORIBIO. Bueno..... es que..... ¡hay que ver la ropita!

ROSINA. Esta misma noche tendrás un vestuario espléndido. Vé al palacio Marinelli; allí están mis criados; quítate esas barbas y espéranos.

TORIBIO. Me habéis dicho que tenía que enamorar.....

ROSINA. A una cortesana.

TORIBIO. Es que os advierto que, fuera de «Hola, terremoto femenino», «Sílfide vespertina» y «Marramamiau», no tengo repertorio.

ROSINA. Para esos menesteres te acompañará un paje.

TORIBIO. ¿Y dónde está?

ROSINA. El paje seré yo.

CASILDA. *Santiguándose.* ¿Vos?

TORIBIO. ¿Vos el paje?

ROSINA. Quinientos florines más y no vuelvas á hablarme. *A Toribio se le queda en los labios una frase entrecortada. Mímicamente expresa su agradecimiento y su propósito de cobrar los nuevos florines. Se deshace en cumplidos, va hacia la puerta, vuelve como para decir algo, se arrepiente y se marcha por fin, sin decir palabra y saludando.* Y ahora á nuestro palacio, Casilda.

CASILDA. Señora: seguís un camino muy peligroso.

ROSINA. No te inquiete.

CASILDA. ¿Se fué el capitán?

ROSINA. Ahí lo tienes. *Observándolo por la ventana. Toribio sale por la hostería, coge su arpa y reflexiona.*

TORIBIO. Una gallina, tres mil florines, un vestuario riquísimo y, además, príncipe consorte. Toribio: ¡eres grande! *Se echa el arpa al hombro y se va por el foro gallardamente.*

LEONELLO. Si después de esta carta no se enternece, ¡á morir, Leonello! Porque es definitiva. *Leyendo.* «La luna va á deciros,—ya que le sois ingrata,—sus duelos y sus penas—en una serenata.—Cuando su voz os llame,—oidla atenta, Flora.—No desdeñéis el canto—de tan gentil señora.—Que, si al cabo su queja—no os parece importuna,—yo sabré repetiros—lo que os diga la luna.» ¡Enervante!

Música.

*Leonello se dirige hacia la puerta de la verja del jardín de Flora. Rosina, que le ha seguido con la vista, con creciente inquietud, comienza á cantar en el momento en que Leonello se dispone á llamar.*

ROSINA. Marinela, Marinela,
con su dulce cantinela
se consuela
de un olvido maldecido.
Mari, Marinela.....

*Leonello, que se ha detenido al oir la voz de Rosina, vuelve hacia la celosía. Ella desfallece y deja de cantar. Entonces Leonello, acordándose sin duda de su lema, se dirige de nuevo á la puerta del jardín. Rosina, en un supremo esfuerzo, reanuda su canción.*

ROSINA. Campesina, campesina,
como errante golondrina,
cantarina,
vas en busca del amor.
¡Pobre Marinela!
Ese bien que anhela
no lo da ese amor.

*Leonello, sugestionado ya, ha vuelto á la celosía. Cuando Rosina dice los últimos versos, él, sin darse apenas cuenta de lo que hace, rompe el sobre y sus trozos se le van cayendo de las manos.*

TELÓN LENTO.—MUTACIÓN.

# CUADRO SEGUNDO

Una calle de Sorrentinos. Los primeros términos están cerrados á izquierda y derecha por dos palacios. El de la izquierda es el de Flora Goldoni y tiene un mirador practicable en planta baja. Los dos edificios se unen, en el segundo término, por medio de un porche con sus arcos sostenidos en columnas. El palacio de la Goldoni tiene la puerta de entrada en ese porche. En el tercer término, una plaza de la ciudad con fuente monumental en el centro y calle á derecha é izquierda, que constituye dos entradas de la escena. Hay otra entrada entre las filas de columnas que sostienen el porche, á la derecha. La puerta del palacio de Flora es también practicable (segundo término de la izquierda). El mirador da frente al público. Es noche de luna.

Música.

*A lo lejos, por la derecha, se oye una trova.*

CORO INTERIOR. Ya la ronda llega aquí,
firulirulí.
A cantarte amores va,
firulirulá.
Sal á tu ventana,
que mi canto es para ti.
Sal, napolitana,
firulí, firulí, firulí,
firulí, rulá.

Lucero, lucero, lucero,
lucero;
morena, morena, morena,
morena;
te quiero, te quiero, te quiero,
mi amor cantar.

*Se alza el telón y se oye otra canción por la izquierda.*

VOZ INTERIOR. Hermosa napolitana,
valle florido,
rayo de luna clara:
no sé yo cómo en el fuego
de tus pupilas
no se ha fundido
la nieve de tu cara.
Niña de mis amores,
que esperas gozar un día
la dicha que da el amor:
amor, que siembra de flores
tu fantasía,
da espinas de dolor.
Niña de mis amores,
ya sabes lo que es amor.

*Se van perdiendo los sonidos, cuando aparece Toribio por la derecha, vistiendo un magnífico traje blanco con capa del mismo color, gran sombrero de medio queso, y ciñendo una espada.*

Hablado.

TORIBIO. Esto marcha á maravilla. Me han vestido de príncipe, he bebido como un príncipe y he comido como un bárbaro. Ahora que, como este demonio de princesa es tan impaciente, me ha dejado sin postre. Impaciencias á mí. *Mira alrededor y cuando se convence de que está solo saca unos pastelillos.* Esto no será muy principesco; pero..... *Tragando á dos carrillos.* La fortuna es

volátil y yo he nacido para prócer. Las damas me miran, los caballeros sonríen á mi paso, los chicos me siguen; estoy llamando la atención como no podía imaginarme. *Se limpia la boca con el forro de la capa.* Y á todo esto deben ser las nueve. La hija del procurador Borelli va á formar muy triste idea de mi seriedad artística, porque como no la dé serenata algún espontáneo..... Toribio se desacredita. Bien es verdad que entre un serenatero y un príncipe que come..... la duda es un ataque á la nutrición. Bueno, y esta señora ¿será fácil de conquistar? ¡Porque á ver si tengo que llamar á un amigo para que me ayude! *Asaltado por un repentino temor.* ¡Ay, San Cleto! ¿Y si me sale pasional? Las hay que se encierran con el amante en una estufa llena de flores, y, ¡Amor mío! ¡Vida mía! ¡Cielito!..... ¡Pum! ¡Pum! ¡Dos cadáveres!..... ¡No! ¡Eso de la estufa me tiene á mí en ascuas!.....

*Leonello entra por la derecha. Tanto él como Toribio hablan aparte hasta que se indique.*

TORIBIO. *Receloso.*
¿Eh? ¿Qué es eso?
LEONELLO. Este Lombardi
tarda ya de un modo atroz.
TORIBIO. ¡Si es el capitán Leonello!
Como me conozca, ¡adiós!
¡Y se pára aquí! Pero, hombre,
¿cabe osadía mayor?
LEONELLO. ¡Qué tipo!
TORIBIO. *Temblando de pavor, que va en crescendo.*
¡Cómo me mira!
LEONELLO. Nos estorbamos los dos.
Lo echaremos. *Hace ademán de acercarse.*
TORIBIO. *Retirándose.* Lo que es este
me corta la digestión.
LEONELLO. Es un rival, desde luego.
¡Un rivalillo!

TORIBIO. *Adoptando una postura ridícula, creyendo ser gallarda y pretenciosa.*

¡Valor!
Esta actitud..... principesca
va á arrugarle el corazón.

LEONELLO. *Dando unos pasos airosamente hacia Toribio.*
¡Vive Dios que es insolente!

TORIBIO. *Dando una huída.*
Me parece, ¡vive Dios!,
que esta actitud principesca.....
va á valerme un coscorrón.

LEONELLO. ¿Quién será este mentecato?

TORIBIO. Bueno. Pues por sí ó por no,
¿para qué demonios llevo
en el cinto el asador?

*Desenvaina y hace grotescos aspavientos con el brazo armado.*

Yo, por mí, no sentiría
que me diera un achuchón;
pero Ferratta..... ¡Ferratta
lo va á sentir un horror!

LEONELLO. *Reparando en la espada de Toribio.*
¿Cómo? ¿Me reta, ó me teme?

*Vuelve á dirigirse á Toribio.*

TORIBIO. ¡Ahora sí que se acabó!

LEONELLO. *Dando á Toribio un manotón en el hombro.*
¿Hais desnudado la espada?

TORIBIO. ¡Vamos.....! ¡Si es que hace un calor!

LEONELLO. ¿Os estorba?

TORIBIO. ¡Ya lo creo!

LEONELLO. Yo puedo aliviaros.

TORIBIO. ¿Vos?

LEONELLO. Podéis tirarla conmigo.

TORIBIO. ¿Yo tirarla? ¡No, señor!
Es..... recuerdo de familia.

LEONELLO. Guardadla, pues.
TORIBIO. *Envainando con gran satisfacción.*
¡Al cajón!
LEONELLO. Y cuidad de que en la calle,
para cuando vuelva yo,
no haya ningún importuno
rondando en este rincón.
Y si lo hubiere, advertidle
que escapar será mejor,
á no ser que esté pidiendo
que lo llame á juicio Dios.

*Mutis por la izquierda.*

TORIBIO. *Después del mutis de Leonello.*
¡He quedado como un hombre!
Porque, cuando hay discusión
y uno de los dos se marcha.....
¡el otro es el vencedor!

*Recelando que alguien se acerca.*

¿Qué es eso? ¡Viene más gente!
¿Otra escenita? ¡Ca! ¡No!
No quiero más espantajos,
porque si mato uno..... ó dos,
es un cargo de conciencia
para un noble como yo.
Príncipe ilustre: aquí sobras;
Flora: ¡perdona por Dios!

*Mutis por la izquierda, contoneándose; pero mirando hacia atrás y acelerando el paso cuando por la derecha entra Rosina, vestida de paje. En la mano trae una mandolina.*

ROSINA. *Corriendo para detener á Toribio, que ya ha hecho mutis.*
¿Será cobarde? ¡Toribio!
Aguarda ahí, que soy yo.

*Encarándose con el mirador de Flora.*

Ya estamos frente á frente, divina Flora.

Voy á arrullar tu sueño con mis canciones.
Oye mi serenata, que ríe y llora,
para que tú adivines mis emociones.
Sal á verte conmigo, si estás despierta.
Duerme tu dulce sueño, si estás dormida.
Como acudas á verme, te espero alerta.
Como sigas durmiendo, ¡ya estás vencida!

Música.

Canta el trovador
bajo tu ventana,
á tus ojos negros
de napolitana.
Del jardín de amores
la más linda flor:
la canción serena
que en sus labios suena
de esperanzas llena,
suspirando amor,
bajo tu ventana
canta el trovador.

* * *

Ligero mi canto vuela
buscando cariño fiel
y el alma también anhela
volar hacia ti con él;
llegar á tus pies confía,
cantando su pena allí.
Si el canto de mi agonía
merece llegar á ti,
verás que nace mi alegría
si alcanzó, señora mía
un recuerdo para mí.

* * *

¡Ay, tirana de mi albedrío!
¡Ay, dulce tormento del amor mío!
De amor,
oye mi canción mejor.
Bajo tu ventana
canta el trovador.

Hablado.

ROSINA. ¡Abren! Es ella.
*Flora abre el balcón y aparece en él.*
FLORA. ¿Sueño, ó deliro?
¿Quién me saluda con su canción?
ROSINA. ¿He perturbado vuestro retiro?
Pues concededme vuestro perdón.
FLORA. ¿Vos entonasteis la serenata?
ROSINA. ¿Bella os parece?
FLORA. Lo es, en verdad.
ROSINA. Bella es, sin duda, porque os retrata
con asombrosa fidelidad.
FLORA. Guarde sus flores el caballero.
Por tal lisonja, gracias os doy.
Pero, decidme, ¿sois extranjero?
ROSINA. *Aparte.* ¡Cualquiera sabe lo que yo soy!
*En alta voz.* Un caprichoso príncipe errante,
que el mundo corre tras el placer,
es quien me envía para que os cante
trovas que él hubo de componer.
FLORA. ¿Cuándo me ha visto?
ROSINA. ¿Qué importa cuándo?
FLORA. ¿Dónde?
ROSINA. Tampoco lo he de decir;
mas desde entonces va suspirando.....
¡y da una pena verle sufrir!
«Porque me cure de duelos tales,

—son las palabras de mi señor,—
vé á Sorrentinos, que hay mil rosales,
y en los rosales hay una flor.
Una flor blanca, maravillosa,
como una estrella de luz boreal,
que, disfrazada de mariposa,
rindiera el vuelo sobre el rosal.»
Así Su Alteza me dirigía
para encontraros, y, ¡vive Dios!,
que yo he supuesto, señora mía,
que la flor blanca seríais vos.
En una trova como un lamento,
por su mandato quise poner
cuanto recuerde su sentimiento,
que es un suplicio y es un placer.
Porque es rapsodia de todo canto,
porque es perfume de toda flor,
porque es hechizo..... porque es encanto.....
porque es locura..... ¡porque es amor!

FLORA. *Pensativa.*
Sobre la noche de mi alma inquieta
un sol radiante viene á alumbrar.

ROSINA. Mas yo, señora, como un planeta,
sólo reflejo la luz solar.
Para que el noble príncipe errante
su vivo anhelo consiga al fin,
abrid las puertas, y que él os cante
bajo las frondas de ese jardín.

FLORA. Venga Su Alteza.

ROSINA. Mas, ¿cuando?, ¿ahora?

FLORA. Cuando lo quiera vuestro señor.

ROSINA. *Aparte.*
¡Sí que es divina la pecadora!

FLORA. *Aparte.*
¡Sí que es gallardo su embajador!

*Rosina marca un medio mutis, haciendo señas á Toribio, y vuelve ante Flora.*

ROSINA. Ya el príncipe se aproxima.

*Sale Toribio por la derecha. Aparte, á Toribio.*

¡Anda, imbécil! Más ligero.

TORIBIO. *A Rosina, aparte.*
Reparad que los calzones
me aprietan de un modo horrendo.

FLORA. ¡Alteza.....!

TORIBIO. Voy.

ROSINA. *A Toribio.* Ten cuidado.

TORIBIO. ¡Qué preciosa sois!

*Volviéndose luego á Rosina.* ¿No es eso?

FLORA. Llegad, príncipe, en buen hora
y recibid mis respetos.

TORIBIO. ..... ¡Bueno!

ROSINA. Mi señor soñaba
con el instante de veros.

FLORA. ¡Ay, muchas gracias! Su Alteza
es demasiado discreto
y sus ojos indulgentes
no ven mis muchos defectos.

TORIBIO. ¿Defectos vos? ¡Embustera!

ROSINA. *A Toribio.*
¡Cuidado!

TORIBIO. ¡Como lo siento!
Si en vez de ser tan hermosa,
fueseis cualquier adefesio,
tened seguro que os mando
inmediatamente al cuerno.

FLORA. ¿Cómo?

ROSINA. *A Toribio.*
¡Bruto!

TORIBIO. *Aparte.* ¿Qué habré dicho?

ROSINA. Quiso deciros que, en viendo

vuestros encantos, no acierta
á expresar sus pensamientos.

FLORA. No me extrañan vuestras frases
ni tan «donosos» conceptos,
pues sé que tenéis un alma
que es toda ella sentimiento.

TORIBIO. Así..... regular.

FLORA. La trova
del paje, es la prueba de ello. *Pausa.*

ROSINA. *A Toribio.*
Pero, dile algo.....

TORIBIO. *A Rosina.* ¿Y qué digo?
Si no se me ocurre.....

FLORA. Veo
que vuestra esbelta figura
y vuestro ropaje espléndido.....

TORIBIO. *Aparte, esponjándose.*
¡Nada! ¡Que ya la he gustado!

FLORA. ..... Son, sin duda, fiel reflejo
de una alcurnia respetable
y de un ilustre abolengo.
¿Sois toscano?

TORIBIO. ¡Toscanísimo!

FLORA. Seréis rico.....

TORIBIO. Por supuesto.
Tres mil millones de liras.....
¡y un arpa!

ROSINA. *Aparte, á Toribio.*
¿Serás mostrenco?

FLORA. ¡Tres mil millones! ¡Qué rico!

TORIBIO. *A Rosina.*
¡Me llama rico!..... ¿Contesto?

ROSINA. *A Toribio.*
Dile una flor á sus ojos.

TORIBIO. Tenéis dos ojos soberbios.

¿Los dos, eh? Pero, ¡ay, señora!,
al derecho, en todo el reino
no hay derecho que le iguale.

ROSINA. *A Toribio.*
¿Qué dices?

TORIBIO. *A Rosina.* Que no hay derecho.....

ROSINA. *A Toribio.*
Calla, calla.....

FLORA. ¿Os gustan?

TORIBIO. Mucho.

FLORA. ¿De veras.....?

TORIBIO. *A Rosina.* ¿Qué digo á ésto?

ROSINA. *A Toribio.*
Que sí.

TORIBIO. ¡Que sí!

FLORA. Pues entonces,
¿querríais de cerca verlos?

TORIBIO ¿Cómo?

FLORA. Entrando en esta casa,
que es la vuestra.....

*Toribio mira á Rosina como preguntándola qué debe hacer.*

ROSINA. *A Toribio.* Bueno.

TORIBIO. ¡Bueno!

FLORA. Pues, aguardad, que en seguida
saldrán á abriros. *Se retira del mirador, después de coquetear un poco con Toribio, el cual le tira un beso.*

TORIBIO. ¡Je! ¿Y eso?
Me va á recibir á solas.
Dos pellizcos por lo menos.....

ROSINA. Mira: cuando Flora salga
á recibirte, correcto,
la ofreces el brazo. ¿Entiendes?
Es una fineza.

TORIBIO. Entiendo.

Mas..... ¿cuál? ¿Este ó éste?

ROSINA. ¡Hombre.....!
¡Cuál ha de ser!

TORIBIO. ¡El izquierdo!

ROSINA. ¡El otro!

TORIBIO. Me da lo mismo.
Ahora veréis qué bien quedo.

*Se abre la puerta y aparece un paje.*

PAJE. Entrad, señor. Mi señora
ya os aguarda en su aposento.

ROSINA. *A Toribio.*
¿Escuchas?

TORIBIO. Estad tranquila.
Ahora entro yo en mi terreno.
Quedaré mal con mis dichos;
¡pero lo que es con los hechos.....!

*Entran los dos en casa de Flora y el paje cierra la puerta.*

Música.

*Se oye dentro una rondalla de soldados, que poco á poco va acercándose, hasta entrar en escena. Los soldados se detienen ante el mirador de Flora; terminada su canción se van por el foro izquierda. Al frente de los soldados va el sargento Lombardi.*

SOLDADOS. Soldado de Nápoles
que vas á la guerra:
mi voz, recordándote,
cantando te espera.
Cariño del alma, ven,
que vas á probar
la dicha de amar,
oyendo los sones
de mis canciones.

LOMBARDI. Soldado de Nápoles
me quiso mi suerte.
La gloria romántica
me lleva á la muerte.
No digas tu cántico,
que aviva mi pena;
si muero queriéndote,
¡qué muerte más buena!

SOLDADOS. Soldado de Nápoles
que buscas la gloria,
te espero brindándote
la ansiada victoria.
¡No mueras, soldado, no!
Cariño del alma, ven,
que vas á alcanzar
la dicha de amar,
que es gloria también.

Hablado.

*No bien desaparece Lombardi con los soldados, sale Leonello mirando al balcón de Flora con interés grandísimo.*

LEONELLO. ¡Qué extraño que no haya salido!
¿Acaso la dulce canción
no habrá suscitado en su oído
la más pasajera atención?

*Sale Rosina de la casa.*

¡Un paje.....!

ROSINA. *Al advertir la presencia de Leonello.*
¡Dios mío! Jurara
que aquel es Leonello.

*Este vuelve la cara hacia ella.* ¡Por mi suerte sí!
Prudencia, Rosina, no advierta en tu cara
que es lance formal para ti.

LEONELLO. *A Rosina.*
Te guarde la suerte dichosa.
ROSINA. Os lleve la mano de Dios.
LEONELLO. ¿Está, por supuesto, la hermosa.....?
ROSINA. Está.....; pero no para vos.
LEONELLO. A Flora pretendo y á Flora reclamo.
ROSINA. Justo es que reclame mi buen caballero;
pero Flora agora discurre con mi amo,
y acaso el discurso no admita tercero.
LEONELLO. ¿Quién es el iluso que se acerca á Flora?
¿El que la importuna?
ROSINA. O el que la enamora.
LEONELLO. Se verá conmigo, cualquiera que fuere.
ROSINA. ¿Cómo os opondríais á lo que ella quiere?
LEONELLO. ¡Blandiendo la espada!
ROSINA. ¡Blandiendo la espada.....!
Preciso es entonces que esté bien templada.
Mi señor, el Príncipe, es un caballero.
LEONELLO. *Airado.* Pues dile á tu ilustre señor
que pruebe conmigo su acero.
ROSINA. *Burlonamente*
¡Qué poco sabéis del amor....!
LEONELLO. ¿Qué dices?
ROSINA. Que tal es locura.
Tenéis el ingenio y optáis por la espada.
Mucho dice el caso de vuestra bravura;
pero la estrategia sale malparada.
LEONELLO. *Queda un momento confuso y callado.*
¿Tú eres ambicioso?
ROSINA. ¡Mucho!
LEONELLO. Si me ayudas,
quinientos florines conmigo tendrás.
ROSINA. ¡Por treinta dineros vendió á Cristo, Judas!
¡Quinientos florines son bastante más!
LEONELLO. ¿De acuerdo? Pues dime lo que me interesa.

ROSINA. Vuestra dama os quitan, y á tan ruin empresa,
otra semejante debe responder.
Y pues que mi amo tiene una princesa.....
ved que es un camino fácil de correr.
Id á su palacio, donde tiene un puesto
cerca de la hermosa. Suplantadlo vos,
y, si tal lograseis, creo que con esto
quedabais de sobra pagados los dos.

LEONELLO. Por Dios que me encanta. Pero, oye: ¿tú sabes
que abrirán las puertas?

ROSINA. ¡Oh, mi capitán!
Quinientos florines son quinientas llaves,
que, á mi humilde juicio, sí las abrirán.
Marchad al Palacio Marinelli.

LEONELLO. ¿Cuándo?

ROSINA. A las diez en punto. Cantad frente á él,
y, así que se advierta que estáis esperando,
por arte de magia se abrirá el cancel.

LEONELLO. Mi vehemente anhelo tu favor invoca.

ROSINA. La victoria es nuestra.

LEONELLO. ¿No me engañarás?

ROSINA. *Intencionadamente.*
Poned vivo fuego, poned ansia loca,
que yo, de seguro, pondré lo demás.

LEONELLO. Le haré juramentos en vida y en muerte.

ROSINA. Diré mil engaños en vuestro favor.

LEONELLO. ¡Me dejo en tus manos mi suerte! *Vase.*

ROSINA. *Con una sonrisa de triunfo.*
¡Qué poco sabéis del amor!

TORIBIO. *Saliendo de casa de Flora, como empujado violentamente. Detrás de él se cierra la puerta de golpe.*
¡Infames! ¡Canallas!

ROSINA. *Acudiendo á él.* Toribio. ¡Tú!

TORIBIO. *Dirigiéndose á la puerta en actitud amenazadora.* Ahora verá esta gentecilla.....

ROSINA. No es preciso; vete..... *Mutis de Toribio.*
Su voz importuna,
que suena en la noche con timbre nefando,
deshace el misterio del claro de luna
que va por la tierra vagando, vagando.....
Es noche galante de risas y bromas;
el amor pasea con jovial estruendo.
Se llena el ambiente de suaves aromas
y pasan las sombras rïendo, rïendo.....
Ya suenan muy dulces, como suspiradas,
las notas de un eco que llega volando.
Son los caballeros que dicen baladas
y endechas de amores, cantando, cantando.....
¡Noche de promesas que en el alma mía
suenan como arpegios de alegres laudes!
Si las cumples antes de que llegue el día,
cuando el sol, triunfante, vaya apareciendo
irán mis temores y mis inquietudes,
como las estrellas, muriendo, muriendo.....

*Cuando el verso lo ha indicado, comenzó á sonar de nuevo la serenata interior que se oyó al principio del cuadro.*

VOZ INTERIOR. Hermosa napolitana,
valle florido,
rayo de luz de sol:
amor que es rosa temprana
que hoy ilusiona tu fantasía,
da espinas de dolor.
Niña de mis amores,
ya sabes lo que es amor.

TELÓN LENTO.—MUTACIÓN.

# CUADRO TERCERO

Un gabinete íntimo en un pabellón aislado del Palacio Marinelli. A la izquierda un ventanal, en primer término; junto á él un bargueño y un sillón. La estancia forma un rinconcito en este lado, invisible para los últimos términos del resto de la escena. Sobre el bargueño, una pequeña imagen. A la derecha, en primer término, una puertecita que comunica con el interior. En el fondo, puerta que da al jardín, con cancela enrejada, abierta. Desde la puerta del fondo hasta el segundo término, de la derecha, galería de cristales en sentido semicircular. Forillo de jardín. Es de noche, con mucha luz de luna al fondo.

*Rosina sola en traje de casa. Luego Leonello, en traje de paisano, con capa. Al levantarse el telón aparece Rosina ante la imagen.*

Música.

ROSINA. Virgen y madre
del Redentor:
no me abandones
por favor.

*Se levanta, anda con vacilación y nerviosidad y acude á la puerta del jardín, sobresaltada.*

Pensé que era él.
Me engaña el deseo.

¿Por qué á un tiempo mismo
le aguardo y le temo?
¡Qué loca aventura!
¿Por qué,
por qué, Dios mío,
no he guardado
mi amor en secreto?

*Dan las diez en un reloj lejano.*

Valor, Rosina.
Ya llegó el momento.
¡Las diez!

*Se oye dentro la voz del capitán Leonello, que canta «Mujer, primorosa clavellina», etc. Rosina observa el fondo del jardín.*

Ya abrieron la verja;
ya entró en el jardín.
¡Es él!
Aquí viene. Al fin.....

*Apresuradamente viene al rinconcito de la izquierda. Dirige mímicamente una súplica á la Virgen, toma un libro, y con él abierto en las manos, finge dormir sentada en el sillón. Entretanto se ve venir por el jardín á Leonello, que inmediatamente entra por el foro.*

LEONELLO. Esta es la estancia.
La aventura es singular;
parece una página
de un cuento oriental.

—

Todo parece
dispuesto para amar.

—

*Dirigiéndose á la puertecita de la derecha.*

Aquella puerta
me dará la clave.

Capitán Leonello.....
¡adelante!

*Se detiene al llegar á la puerta, mira á su alrededor y descubre el escondite de Rosina.*

¿Me engañan los ojos
con una ilusión?

*Yendo hacia la princesa.*

¿Me espían, acaso?
¿Será una traición?

*Cerciorándose de la presencia de ella.*

¡Una mujer!

*Se descubre.*

Dormida parece.....
Ella debe ser.

*Asaltado por sentimientos de nobleza.*

¡Cuidado, Leonello!
¿Qué vas á hacer?

*Atraído por la sugestión de la princesa.*

Pero, ¡es tan hermosa!
Verla dormir
es soñar y aprender
á sentir.

*Se dirige paso á paso hacia Rosina, contemplándola con arrobamiento.*

¡Oh, mujer!
Bella flor.....
¡Quién supiera lo que sueñas tú!

—

Cabecita que duermes
un sueño feliz:
¿Qué ideal pensamiento
se adueña de ti?
¿Qué ilusión tienes tú,
cabecita gentil?
La inquietud

que adivino ya en tu frente
quiero sorprender.
Y que mis labios
puedan, al besar,
dulcemente aprisionar
tus ensueños de mujer.

—

¡Qué hermosa está!
*Siente el impulso de besarla, pero reacciona, diciendo:*
Leonello, esto es indigno
de un capitán.
*Apartándose de Rosina y dirigiéndose á la puerta del fondo.* Vé á buscar las aventuras
en tus locos amoríos.....
No mancilles este hogar.
ROSINA. *Aparte.*
¡Ay!, que se va.....
*Finge despertarse y deja caer el libro, á cuyo ruido se vuelve Leonello. Y la princesa simula la mayor indignación y sorpresa.* ¡Quién! ¡Un hombre!
LEONELLO. Señora.....
ROSINA. ¿Dónde vais?
LEONELLO. Yo os diré.
ROSINA. Atentáis á mi nombre.
¡No lo quiero saber!
LEONELLO. Disculpadme.
ROSINA. ¿Por dónde
penetrasteis aquí?
LEONELLO. Escuchadme, os lo ruego.
ROSINA. ¿Qué podríais decir?
LEONELLO. *Humildemente.*
Señora mía, perdón os pido
y aguardo
rendido
vuestra sanción severa.

ROSINA. Sois un osado
que en vano espera
lograr perdón.

LEONELLO. El capitán Leonello
sólo ha podido
pecar de amor.

ROSINA. ¡Ah! El capitán Leonello.....
Sí; conozco aventuras
que la fama pregona
de ese buen capitán.
De un amor como el vuestro,
¿qué se puede esperar?
Torbellino de pasiones
y locuras nada más.

*Con mucha coquetería.*

Ese amor
que sentís
es aroma que el viento renueva,
y el amor
no es así.
El cariño
verdadero
dormidito en el alma se lleva;
capullito
que quizá
con el tiempo
se abrirá.

LEONELLO. *Con acento de sinceridad.*

Yo siento
una pena aquí escondida
como un nuevo sentimiento,
que es suspiro y es lamento
que se escapa de mi vida.

ROSINA. No os importe padecer,
que un amor verdad

no ha de florecer
si no sabe suspirar.

LEONELLO. Un cariño
verdadero
dormidito en el alma tenía,
y, al mirarme
junto á vos,
mi cariño
despertó.

*Rosina, satisfecha en el fondo, recarga su coquetería, apasionando más á Leonello.*

ROSINA. Lo dudo.

LEONELLO. ¡Lo duda.....!

ROSINA. La historia pasada
no debo olvidar.

LEONELLO. Yo os juro.....

ROSINA. Es inútil.

LEONELLO. Mi fe de soldado
lo puede jurar.

ROSINA. Os ciega el deseo.

LEONELLO. Creedme, señora.

ROSINA. No os creo.

LEONELLO. Princesa, mi espada os ofrece
probar que merece
tan altos favores.
Pedidme, señora, que hiera,
que mate, que muera,
por vuestros amores.
Ved que os ofrezco
vida y honor.
Y honrarse mi espada querría
sabiendo, alma mía,
que el premio sois vos.

ROSINA. ¡Callaos!

LEONELLO. Prestadme oído.

ROSINA. *Aparte.*
Ya está en mis redes.
LEONELLO. Miradme al menos;
ya arrepentido.
ROSINA. No seguid.
LEONELLO. ¡Escuchad!
ROSINA. Desistid.
LEONELLO. *Desesperado.*
¡Por piedad!
¡Mi amor no consigue siquiera
saber que le espera
vuestro perdón! *Se arrodilla ante ella.*
ROSINA. *En són de plegaria, aparte.*
¡Dios mío!
LEONELLO. Princesa.....
hablad, por favor.
ROSINA. Si queréis ser feliz,
olvidaos de ese nuevo amor.
Corred la vida
sin pensar en mí.
LEONELLO. ¡Tal vez no pueda
ya vivir sin vos!
ROSINA. Si es verdad que sabéis
un cariño sentir,
aprended, comó yo,
la virtud de sufrir.

*Unís.*

ROSINA. Y quizá
el amor
llegará pronto á ser
nueva luz,
que es la risa
del amanecer
y acaso un día

LEONELLO. Esperanzas
de amor
iluminan mi sér
como luz
que se enciende con la risa
del amanecer
y acaso

LOS DOS. su canción dirán
unos labios de galán
y unos ojos de mujer.

Recitado.

ROSINA. Bueno, mi capitán, ahora..... *Señalándole la puerta para que se vaya.*

LEONELLO. ¿Señora, tan pronto?

ROSINA. No hay más remedio.

LEONELLO. *Cediendo de mala gana.* Obedezco; pero.... ¿os veré mañana?

ROSINA. Nos veremos.....

LEONELLO. ¿Aquí?.....

ROSINA. Aquí, no. En el mirador.

LEONELLO. *Besándole la mano.* Pues..... hasta mañana. *Mutis por el fondo.*

ROSINA. Hasta mañana. *Aparte.* Ya es mío. *Cierra la cancela y comienza á cantar «La Canción del Olvido», andando hacia la puertecilla de la derecha, por la que desaparece.*

*Cantando.* Marinela, Marinela,
con su triste cantinela,
se consuela
de un olvido
maldecido.
Mari, Marinela.....
Campesina, campesina,
como errante golondrina,
cantarina,
vas en busca del amor,
¡Pobre golondrina
que al azar camina.....!

*Al entrar por la derecha y cerrar la puertecilla, se pierde la voz de Rosina, pero se la oye una carcajada burlona.*

*Al través de la galería de cristales se ve que Leonello detiénese en el jardín al oir la voz de la princesa y vuelve lentamente hacia el gabinete, atraído por la canción. Cuando ya Rosina ha desaparecido, se abalanza á los hierros de la cancela y forcejea hasta convencerse de que está cerrada.*

LEONELLO. *Recitado.*
Princesa, princesa,
canta por favor.
Quiero escucharte, sigue.
Ya sé qué es el amor.

*Cantado.* Acude, vida mía.
Escúchame. Soy yo.
Aquel aventurero
hoy busca un tierno amor.
Al fin
ya en mi pecho nació
el cariño ideal.
Princesa: no temas.
Mi honor guarda el tuyo.
¡Volverá tu capitán!

*Leonello, muy despacio, desaparece por el jardín mientras lentamente cae el telón.*

MUTACIÓN.

# CUADRO CUARTO

Jardín del Palacio Marinelli, á todo foro. Es por la tarde. A la izquierda, último término, un pabellón.

*Toribio, vestido ricamente, está rodeado de invitadas é invitados. Entre éstos se hayan Pietro y Paolo.*

PAOLO. *Interesado en el cuento que se supone está refiriendo Toribio.*
Seguid con el romance.
TORIBIO. Pero, ¿dónde?,
si ya he perdido el hilo de mi historia.
PETRO. ¿No recordáis? Quedamos en que el conde
llama al castillo.....
TORIBIO. Cierto..... ¡Qué memoria!
«Nadie á los ecos de mi voz responde.
¿Dónde están mis criados? ¡Ay de ellos!
¿Dónde está la condesa.....?» Y de repente
se le erizan al conde los cabellos
y se pasa la mano por la frente.
Como es infranqueable aquella puerta
y el conde, aunque hace frío, estáquemado,
traspone una ventana que hay abierta
y sube al dormitorio desalado.
Su esposa está despierta,
reclinada en un lecho de brocado,
con la mirada fija en un mancebo.....

PAOLO. ¡Ahí viene la tragedia!
TORIBIO. ¡Qué infeliz!
El mancebo que mira es un efebo
bordado en un tapiz.
«¿Cómo no te has dormido?»
le dice á la condesa su marido.
«No me puedo dormir sin compañía.»
«Pues voy á acompañarte, esposa mía.»
*Dudando.*
Bueno..... pues.....
PIETRO. ¿Qué os sucede?
TORIBIO. Nada..... nada.....
Que está pidiendo á voces la decencia
que vuelvan las señoras la mirada.....
¡porque va á desnudarse su excelencia!
INVITADA. ¡Divertido recato!
TORIBIO. Si no lo halláis discreto, rectifico.
INVITADA. No, no rectifiquéis. El abanico
nos permite escuchar vuestro relato.
*Ella y las demás se ponen los abanicos delante de los ojos.*
TORIBIO. El conde se desnuda.
*Las señoras se quitan los abanicos ruidosamente. Toribio se extraña.* Ya en la cama,
ve que tiembla el tapiz, y un ruido leve
sale de aquel rincón. «¡Pardiez!—exclama—
¡Ese tapiz se mueve!»
«¡Qué ha de moverse!» dícele la dama,
intentando quitar con su entereza
cualquier malicia que al esposo agite.
Mas lo que el conde tiene en la cabeza
no hay ya quien se lo quite.
«Te digo que el tapiz tiembla, y no poco.»
«¡Te digo que estás loco!»
«Va un florín apostado
á que el tapiz se mueve», insiste el conde.

«Se mueve, sí. ¿Qué pasa?», le responde
por detrás del tapiz un grito airado.
Quédase la condesa fría y muda,
temblando de mirar á su marido,
cuando el conde la dice: «¿Lo has oído?
¡Te he ganado un florín, por testaruda!»
Y luego dió en la cama media vuelta.....
y se quedó durmiendo á pierna suelta.

INVITADA. De donde se deduce que el marido
debe dar las sospechas al olvido.

TORIBIO. Es claro.

PIETRO. *Intencionadamente.*
Y, á propósito, Paolo:
¿Dónde está la princesa?

TORIBIO. *Interviniendo.*
Lo recelo,
pues se ha perdido el capitán Leonello,
y el capitán jamás se pierde solo.

PAOLO. Pero, ¿vos decís eso?

TORIBIO. *Aparte.*
¡San Bartolo!
Ya se me ha visto el arpa. *Alto.* Sí; decía
que me gusta que vaya con mi esposa
tan buena..... tan hidalga compañía.

PAOLO. ¡Eso ya es otra cosa!

PIETRO. *Llevándose del brazo á Paolo, aparte.*
¿Qué me dices del cuento que ha contado?

PAOLO. Pues te digo que el conde del castillo
me parece un Otello comparado
con este marmolillo.

*Por el primer término de la derecha sale Rosina con Leonello; sepáranse y cada uno se reune á un grupo distinto. Leonello viste nuevamente de uniforme.*

ROSINA. Pero, señores.....

PIETRO. *A Paolo.* ¡Calla! La princesa.....

ROSINA. Va á empezar en el lago la regata
y os tengo preparada una sorpresa.

PAOLO. Ideada por vos, será muy grata.

ROSINA. ¿Vamos, pues?

*Van haciendo todos mutis.*

PIETRO. Vamos.

INVITADA. ¿Príncipe?

TORIBIO. *Dándola el brazo.*
Boguemos;
pero no me miréis con tal ternura,
porque, si me miráis, se me figura
que voy á andar muy torpe con los remos.

*Queda solo Leonello. Paolo y Pietro vienen en su busca.*

LEONELLO. Princesa de mis sueños,
tan bella y tan honrada:
¿Qué amor has encendido,
donde jamás brotara?

PIETRO. Pero, ¿no vienes? ¿Cómo
desdeñas la regata?

LEONELLO. ¡Qué quieres! El holgorio,
la bulla, me anonadan.

PIETRO. Tú, el hombre de las risas;
tú, el hombre de las chanzas.....

PAOLO. Será cuestión de juego.....

PIETRO. Más bien cuestión de faldas.....

LEONELLO. Estoy enamorado
de una mujer casada.

PIETRO. ¡Ya, ya! De la princesa.

PAOLO. Que será una de tantas.

PIETRO. Seguiréis por las noches,
con vuestra eterna charla;
como un cadete simple
y una doncella cándida.
Y ¡qué! ¿Ya hemos saltado,
tal vez, por la ventana?

LEONELLO. *Con amargura y cierto respeto.*
¡Estoy enamorado
de una mujer honrada!
PIETRO. ¡Honrada! ¿Quién lo fía?
LEONELLO. *Con enfado.*
¡Yo lo proclamo, y basta!
PIETRO. Perdona, mas..... ¡tu lema.....!
LEONELLO. ¡Mi lema..... eran palabras!
PIETRO. Y la princesa, ¿cómo
con sólo dos semanas
pudo cambiar tu genio,
pudo nublar tu fama?
LEONELLO. No sé. Tan sólo afirmo
que, si ella me rechaza,
va á terminar la historia
de una manera trágica.
PIETRO. Pues, ¡á rendirla!
PAOLO. ¡Pronto!
LEONELLO. Rendirla, no. Alcanzarla.
Subir hasta su altura;
llegar hasta sus plantas.
Rogar..... Sufrir por ella.....
PIETRO. *Remedándole.*
¡Por ella! Chico, calma.
No sigas. ¡Estás loco!
LEONELLO. De amor sin esperanza.
¡Sí, loco! ¡Y es el caso
que la princesa me ama!
PIETRO. Entonces.....
LEONELLO. Lo adivino;
lo dice su mirada,
que es tan limpia, que en ella
se dibuja su alma.
PIETRO. Ya es bastante.
LEONELLO. No, Pietro;

porque sus labios callan;
porque es altiva y noble
y es inocente y casta.
Por eso me entristece
y me aloca y me arrastra.
Quizá no la quisiera,
no siendo tan honrada.....

PIETRO. ¡Vaya, adiós! Te dejamos.
PAOLO. Olvídala.
LEONELLO. ¡Olvidarla.....!
PIETRO. Pues..... á aguardar que enviude.
Mira..... ¡quién sabe! Aguarda,
que el príncipe no es joven.....,
se fatiga....., se cansa.....
Un aire....., un tabardillo.....

*Mutis de los dos.*

LEONELLO. *Reflexionando.*
¿Y por qué no una espada?

*Queda pensativo.*

TORIBIO. *Que aparece por la izquierda.*
Tanto de Alteza me ponen,
tantos honores me dan,
que el que me llamen Toribio
me va molestando ya.

*Viendo á Leonello, sin ser visto por éste.*

¡Hola! El galán de mi..... esposa,
que me la quiere quitar.
Debe tenerme un cariño
este muchacho.....

*Al capitán.* ¿Qué tal?

LEONELLO. *Aparte.*
¡Oh! Mi suerte me lo envía.
TORIBIO. He dicho que cómo estáis.
LEONELLO. Estoy de pie.
TORIBIO. ¡Qué gracioso!

¡Miren qué bromista!
*Aparte, dándose cuenta de la actitud de Leonello.*
¡Ay!
Me parece que éste tiene
poca gana de bromear.
LEONELLO. Príncipe; aquí estamos solos.
¡Los dos solos!
TORIBIO. Es verdad.
*Aparte.*
¡San Lucas! *Alto.* Pero..... ¿qué hacemos
tan solos? Voy á llamar.
LEONELLO. No llaméis.
TORIBIO. *Aparte.*
¡Está furioso!
*En alta voz.*
Me carga la soledad.
LEONELLO. Es..... que la necesitamos.
TORIBIO. ¡Ah! ¿Que la necesitáis.....?
Pues os dejo. *Medio mutis.*
LEONELLO. ¡Quieto!
TORIBIO. *Aparte.*
¡Vaya
si me la voy á ganar!
LEONELLO. No os marchéis, porque hay asuntos
que aquí se decidirán.
TORIBIO. *Aparte.*
¡Y vestido de etiqueta!
Hoy no puedo quedar mal.
LEONELLO. Príncipe: entre caballeros
se ha de decir la verdad.
El engaño y la mentira
quédense para el rufián.
TORIBIO. El prólogo os ha salido
redondo. ¡Qué bien habláis!
LEONELLO. Hablo bien; pero hablo poco.

TORIBIO. Yo os daré cuerda.
LEONELLO. Pensad
que no os tolero las burlas.
TORIBIO. *Aparte.*
¡Pues sí que se va á arreglar!
LEONELLO. Sabed que amo á la princesa.
Á vuestra esposa.
TORIBIO. ¡Caray!
Y ¿me lo decís tan fresco?
*Aparte.*
¡Ay, no! ¡Que lo hago muy mal!
*Melodramáticamente.*
¡Y me lo decís.....! ¿Qué escucho?
LEONELLO. La amo con locura.
TORIBIO. ¡Ah;
pero ya habréis comprendido
que es una barbaridad!
LEONELLO. Por su amor, llegar pretendo
adonde haya que llegar.
Al escándalo..... á la lucha.....
¡á la muerte!
TORIBIO. Capitán:
no os suicidéis por tan poco.
Es un consejo leal.
LEONELLO. No me entendéis.
TORIBIO. *Aparte.* No, ni quiero.
LEONELLO. Vos la queréis, y yo más.
Uno de los dos estorba:
¡uno solo quedará!
TORIBIO. *Ingenuamente.*
Y ¿qué queréis? ¿Que me vaya?
*Recordando su papel.*
¡Pues no me voy!
LEONELLO. Bien está.
TORIBIO. Es mía; Dios me la otorga.

LEONELLO. ¡Y yo os la quito!
TORIBIO. *Inconscientemente.* Probad.
*Aparte, recobrando su miedo.*
¡Que no pruebe!
LEONELLO. *Desenvainando.* ¡Con mi espada!
Tomad la vuestra.
TORIBIO. *Desenvainando con mucha parsimonia.*
Ya, ya.....
No penséis que yo soy manco.
*Aparte.*
Dentro de un poco..... ¡quizá!
LEONELLO. ¡En guardia!
TORIBIO. ¿En guardia?
*Aparte.* ¿Qué es eso?
*Copiando á Leonello.*
¡Ah, vamos! Así.
LEONELLO. Atacad.
TORIBIO. *Aparte.*
¡Y aquí no viene un cristiano!
LEONELLO. Defendeos. ¡Sus.....!
*Ataca, y Toribio da un salto huyendo y luego contesta á una imaginaria voz.*
TORIBIO. ¡Ya va!
*A Leonello.*
Perdonadme, que me llaman.
Vengo en seguida.
LEONELLO. *Indignado.* ¿Qué? ¿Os vais.....?
TORIBIO. ¿No oís que me llaman? *Medio mutis.*
*Marchando.* Vuelvo.
LEONELLO. Pero príncipe.....
TORIBIO. ¡Ya va! *Mutis.*
LEONELLO. No me queda ni el recurso
de matar á mi rival.
*Sale Rosina por el fondo, habiéndosela visto cambiar unas palabras con Toribio.*

Música.

ROSINA. *Interrumpiendo sus palabras con carcajadas.*
Pero capitán.....

.............. ..........

¿Qué vais á hacer?

.... ..................

¿Vais á matar?

........................

Decidme á quién.

.......................

Estáis gallardo de veras.

.................. .....

El gesto airado os va bien.

.........................

Guardad la espada.

.............. .........

No me asustéis.

LEONELLO. ¿Por qué, Rosina,
por qué os burláis de mí?
¿Por qué mi duelo y mi pena
os hacen reir?
Dejadme que al partir maltrecho
salgan de mi pecho
ayes de dolor.
De un loco amor arrepentido,
soñé un feliz hogar risueño
y todo se ha desvanecido
como un sueño.

ROSINA. Con ayes y con lamentos
los sufrimientos
no podréis vencer.
Tened valor y fortaleza,
templad el corazón en el dolor,

abrid el alma á la tristeza,
que es ahora cuando empieza
el amor.

LEONELLO. ¡Imposible!
Para mí no hay amor.

ROSINA. ¡Ja, ja, ja, ja.....!

*Interrumpe como antes sus palabras con carcajadas.*

LEONELLO. Volvéis á reiros.....

ROSINA. ¡Cómo no me voy á reir!

LEONELLO. Creedme, Rosina.

ROSINA. ¿No mentís?

LEONELLO. Mi amor es sincero,
mi amor es verdad.

ROSINA. Amor y pena
debéis olvidar.

LEONELLO. Yo sabré buscar la muerte.

ROSINA. Así no moriréis de amor.

LEONELLO. Oidme. Ya que mi dicha
será imposible con vos,
engañadme diciendo
que no olvidáis mi amor.

ROSINA. ¿Qué pretendéis con ello?

LEONELLO. Hacerme la ilusión
de que suena siempre
en mi oído vuestra voz.
¡Jamás la olvidaría!
Decídmelo, por Dios.
Ved que me consume
la desesperación. *Muy vibrante.*

ROSINA. *Remedándole.*
«Mujer,
primorosa clavellina
que brindas el amor.....»

LEONELLO. No, no, Rosina.....
mi pasado olvidad.

ROSINA. Es una cancioncilla
que vino á mí sin pensar.
LEONELLO. Os ruego, os suplico.....
Soy un amante sincero
que quiere consagraros su fe.
Caen sobre mí las maldiciones
de cuantas mujeres burlé.
Pero en vos llega al fin
el castigo de mi torpe afán
y aquella risa tan alegre ayer
en amargura se convertirá.

ROSINA. *Despacito se llega á Leonello, que se había quedado vuelto de espaldas y abatido. Cariñosamente.*
¡Mi Leonello.....!

*Leonello, adivinando el cariño de Rosina, estrecha sus manos apasionadamente.*

| ROSINA. | LEONELLO. |
|---|---|
| Al fin | Al fin |
| el amor | el amor |
| ilumina mi sér | ilumina mi sér |
| como luz | como luz |
| que es la risa | que se enciende con la risa |
| del amanecer | del amanecer |

LOS DOS. y siempre unidos
su canción dirán
unos labios de galán.....

*Salen Toribio, Pietro y Paolo á la cabeza de un grupo de invitados, interrumpiendo el dúo con su bullicio.*

Hablado sobre la música.

PIETRO. *Coreado por todos.* Muy bien, muy bien.
TORIBIO. *Adelantándose.* ¡Enhorabuena, capitán!
LEONELLO. El príncipe..... ¡ridículo!

TORIBIO. Hijo, por tres mil florines no se puede hacer más.

ROSINA. Bien, Toribio.

LEONELLO. ¿Qué?

TORIBIO. *Presentándose.* Toribio Clarinetti; en mí tenéis una amistad..... y un arpa.

ROSINA. Y desde hoy nuestro mayordomo.

LEONELLO. *Volviéndose á Rosina, lleno de alegría.* Pero, ¿es todo una farsa?

ROSINA. Todo, menos mi cariño.

LEONELLO. Y el mío..... el que empezó oyéndote cantar.....

ROSINA. ¡Bendita sea «La Canción del Olvido»!

*Leonello da la mano á Rosina y juntos marchan hacia el fondo. Los invitados abren calle y los reverencian á su paso.*

TELÓN.

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
PRADO, 24

2,50 PESETAS